



HOMILÍA EN EL VI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C **16/II/2025**

Muy queridos hermanos,

Hace algunas semanas, estuve en España y tuve la oportunidad de hablar con un amigo obispo, compañero de seminario, y me comentaba que, cuando camina por las calles de la ciudad, muchas personas venezolanas le piden la bendición. Al principio, le parecía extraño, pues en España no tienen esa tradición; pero después se acostumbró e imparte la bendición, con gusto y alegría. Me dijo que ojalá, en Venezuela, no se pierda esa bella tradición.

Hago esta introducción porque, precisamente, la Palabra de hoy nos habla de bendición y maldición. Bendito será aquel que confía en el Señor. Maldito: aquel que solo pone su confianza en sí mismo y se cierra a Dios; no permite que Dios entre en él.

El profeta Jeremías, con palabras fuertes, nos advierte cómo viven, según enseña el mismo Dios, los distintos hombres su relación con Él y con sus semejantes. La primera parte empieza con la palabra «maldito». La dedica a quien confía en los hombres y no en el Señor, y lo compara con la esterilidad de un cardo plantado en el desierto. En cambio, la bendición de Dios es para quienes confían en el Señor. A ellos no les faltará nunca lo que necesitan para ser fecundos en la vida: «Ni en tiempo de sequía dejan de dar fruto».

Hemos repetido varias veces en **el Salmo**: Dichoso el hombre que confía en el Señor.

San Lucas nos presenta el camino de la felicidad (las bienaventuranzas); nos indica quienes serán felices aquí en la tierra y plenamente felices en el cielo: Y recrimina a quienes en este mundo tienen de todo y son alabados, y solamente buscan una felicidad terrena, olvidándose de Dios y del prójimo.

Jesús, como un gran maestro, muestra a sus seguidores cuál es el camino que nos conducirá a la felicidad plena, en el cielo; a diferencia del evangelista San Mateo, el Evangelista San Lucas habla de 4 bienaventuranzas y cuatro reprensiones formuladas con la expresión ¡Ay de ustedes! Con estas palabras, fuertes e incisivas, Jesús nos abre los ojos, nos hace ver con su mirada, más allá de las apariencias, más allá de la superficie, y nos enseña a discernir las situaciones con la fe.

Jesús declara bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los afligidos, a los perseguidos; y amonesta a los ricos, saciados, que ríen y son aclamados por la gente. La razón de esta bienaventuranza paradójica radica en el hecho de que Dios está cerca de los que sufren e interviene para liberarlos de su esclavitud; Jesús lo ve,

ya ve la bienaventuranza más allá de la realidad negativa. E igualmente, el “¡Ay de ustedes!”, dirigido a quienes hoy se divierten sirve para “despertarlos” del peligroso engaño del egoísmo y abrirlos a la lógica del amor, mientras estén a tiempo de hacerlo.

En esta oportunidad, reflexionaré sobre la bienaventuranza “bienaventurados los que lloran” y la malaventuranza: “¡Ay de ustedes que ríen ahora!”.

Todo hemos tenido la experiencia de llorar: en el mismo momento de nuestro nacimiento, cuando enfermamos, al recibir una noticia triste, cuando muere un ser querido, cuando las cosas no salen como lo esperábamos. Para nosotros el sufrimiento es y será siempre un misterio, no comprenderemos su sentido más profundo. Por eso, tenemos que tratar este tema desde la fe. ¿Qué nos dice el Señor al respecto?

¿Qué nos dicen aquellos, los santos, que vivieron heroicamente las virtudes? Siempre vienen a mi mente estas palabras: “*¿acaso tiene derecho la vasija de barro a discutirle al artista que la fábrica y decirle ¿por qué me formas así? ¿Quién sabe más: el artista o el barro?*” (Rom 9,20). Dios lleva el control de nuestras vidas y, en vez de quejarnos y resistir, debemos dejar que su voluntad se cumpla en cada uno de nosotros.

Ahora, quizás, lloramos nuestras faltas, y un día reiremos de gozo al saber que si no hubiera sido por esas debilidades nos habría comido el orgullo. Hoy se llora una desgracia material, pero más tarde la persona se dará cuenta que si tal desgracia no hubiera sucedido, jamás habría encontrado a Dios. Hoy, quizás, suframos porque nuestros seres queridos están lejos de nosotros, han salido del país en busca de nuestras oportunidades. Eso nos da la oportunidad de valorarlos más, de rezar más por ellos; quizás; ellos logren sus proyectos, y reciban lo que, en su país, por diversas circunstancias, no habrían recibido. Hoy, nos sacrificamos, nos esforzamos, lloramos estudiando, trabajando, privándonos de muchas cosas, pero esto nos traerá después satisfacción y alegría.

Dios, queridos hermanos, quizás no cambiará lo doloroso que nos está sucediendo, pero puede darnos la esperanza en el premio futuro y esto consuela. Nada malo puede sucedernos, sin el permiso de Dios.

El Señor escoge circunstancias aparentemente malas y dañinas para concedernos grandes bienes. Ahora nos hace llorar, para luego hacernos reír y gozar eternamente. ¡Todo coopera para nuestra bien!


En dos partes, San Pablo nos da dos enseñanzas sobre este tema: “*Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que ha de manifestar en nosotros*” (Rom 8, 18). “*Una leve tribulación de poco tiempo ahora, nos producirá un inmenso e incalculable caudal de gloria eterna*” (2Cor 4, 17).

Jesús también nos advierte: *“¡Ay de los que ahora ríen porque harán duelo y llorarán!”* (Lc 6,25). No critica Jesús a los que viven en alegría, porque bien sabe él que es la señal distintiva de sus amigos, aún en medio de grandes sufrimientos. Lo que critica Jesús es la despreocupación, de quienes sin arrepentirse del mal que han hecho y del bien que pudieron hacer, y no lo hicieron, viven tan tranquilo *“pensando que sus faltas jamás serán conocidas y castigadas”* (Salmo 35).

El apóstol Santiago, con un verbo encendido, nos da un ejemplo claro. Dice el Apóstol Santiago: *“Ahora les toca a los ricos: lloren y láméntense porque les han venido encima desgracias. El salario de los trabajadores que cosecharon sus campos se ha puesto a gritar, pues ustedes no les pagaron... Han conocido sólo lujo y placeres en este mundo, y lo pasaron muy bien, mientras otros eran asesinados. Condenaron y mataron al inocente, pues ¿cómo podía defenderse?”* (Santiago 5, 13).

Pobres, dice Jesús, de aquellos que, en vez de llorar arrepentidos por todas sus maldades y egoísmos y tacañerías, y por los castigos que por ello les van a sobrevenir, viven riendo despreocupadamente como si no hubiera un Dios que juzga con justicia.

Queridos hermanos, cuando lloramos, después nos damos cuenta que vemos más nítido, con más claridad. Las lágrimas son como un colirio que nos permiten ver mejor. Así también, nuestras lagrimas espirituales, el arrepentimiento de nuestros pecados, y el firme propósito de enmendar nuestras vidas, nos llevará a alegrarnos porque *“nuestros nombres estarán escritos en los cielos”* (Lc 10,20). Así sea.

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Cabimas



Prot. 2025/033